

Las gracias del espíritu

José Pascual Buxó

Desde hace años —más de los que yo mismo podría acordarme— guardo cerca de mí la carta enviada por Francesco Petrarca a su amado Giovanni Boccaccio “diciéndole que la edad no debe ser motivo para abandonar los estudios”. En aquella remotísima tarde del 28 de abril de 1373, el cantor de Laura rechaza con energía el consejo de su amigo para que, ya cumplida la magna tarea de poeta y humanista que todos le reconocen, halle consuelo a los desmanes del tiempo entregándose “al sueño y la indolencia”. Nada de esto, replica Petrarca: la vejez no debe aconsejarnos adoptar un nuevo estilo de vida que nos haga abandonar los estudios emprendidos desde la juventud ni puede ser el ocio un bálsamo para los muchos años de fatigas. Contra las vanas pretensiones del vulgo, “lo que yo querría —dice el septuagena-

rio Petrarca, con la sincera humildad a la que sólo pueden llegar los espíritus verdaderamente grandes— no es ser más joven, sino haber vivido entregado a afanes más nobles y a estudios más serios, pues nada me duele tanto como no haber llegado adonde debía en un plazo tan largo”. Porque el estudio —añade—, además de ser “el más noble de los placeres de este mundo, es también el más duradero, el más suave, el más fiel, el más fácil de procurarse y el que menos hastío engendra”.

Escribí yo mismo en otra ocasión que de igual manera habría respondido Clementina Díaz y de Ovando —una vez alcanzada la madurez del tiempo y la serena perfección del entendimiento— si alguno de nosotros se atreviera a darle el importuno consejo de entregarse al ocio, porque para ella leer, escribir, investigar... no fueron siquiera una leve fatiga, sino un gratisísimo descanso. Y hubiera respondido también Clementina —con voces parejas a las de Petrarca— que el cálamo “deleita mientras se tiene a la mano, y cuando se ha dejado, de él se benefician, no sólo sus poseedores, sino muchos otros, entre los que a menudo se cuentan habitantes de tierras lejanas y algunas personas nacidas mil años después”.

Clementina nunca se dejó vencer por el desgano ni la ociosidad, jamás dejó la pluma inerte en el tintero; no hubo un solo día en que su mente inquisitiva renunciase al íntimo placer de la lectura ni a la honda generosidad de compartir con otros, sus amigos remotos o cercanos, lo que su inteligencia perspicaz iba descubriendo en el ancho y multiforme mundo de las letras patrias.

La sostenida curiosidad intelectual, el sereno disfrute de lo que su vivaz entendimiento descubría en nuestros escritores de antaño la convirtieron en la más conspicua defensora de los principios éticos y políticos que sostuvieron los hombres de la Reforma y de su heroica visión de una patria libre en el pensar y justa y honorable en el hacer. Sería imprudente dar ahora un esbozo de la abundante producción literaria de Clementina, que





está —por lo demás— al alcance de quien quiera encontrarla; pero como bien recordarán sus lectores atentos, su obra se desplegó sin pausa en un vasto horizonte artístico, político y cultural, y tanto es así que —para expresarlo con un *dictum* clásico— nada de lo que atañe a la vida mexicana le fue ajeno: la historia de las instituciones y, en especial, la de nuestra amada Universidad; la historia de la ciencia, la historia política y social, la historiografía y la crítica literarias, no menos que las cuestiones relativas al patrimonio arqueológico de nuestra nación, las hizo alternar armoniosamente con todas aquellas manifestaciones cotidianas y fugaces de la vida en sociedad y, muy en particular, con las sorprendentes creaciones culinarias, que son gustoso y colorido testimonio de las excelencias a que pueden llegar los mestizajes de la raza, hasta constituirse en una veta entrañable de nuestro ser esencial. La última muestra de su espíritu gozoso la tenemos en este libro póstumo que la Universidad ha editado como el mejor homenaje a uno de sus preclaros hijos: *Escenarios gastronómicos. Banquetes y convites (1810-1910)*, que es, tanto más que el fastuoso resultado de una prolongada indagación en los testimonios de la prensa decimonónica, una explosión de la cívica alegría del buen comer y beber, quiero decir, del vivir en plena conformidad con nuestra doble naturaleza, igualmente merecedora de los deleites de la carne que de las gracias del espíritu.

Myrna y yo nos contamos entre los que tuvieron el privilegio de ser amigos de Clementina, de los que compartimos el pan y la sal que nos ofrecía con ánimo jocundo en aquella su casa de Coyoacán, que era una biblioteca viviente y un ecléctico museo. Tuvimos también la impagable fortuna de escuchar de sus labios la lectu-

ra de alguna de sus obras en proceso y de ser testigos de aquellos deleitosos combates con las palabras de su lengua, de los que siempre salía victoriosa.

Nunca cesó nuestra comunicación con Clementina; en los últimos tiempos, reiteradamente nos prometíamos reunirnos en torno de una mesa bien abastecida y de una charla memoriosa, aunque no siempre era posible, ya que nuestras personas no dejaban de estar sujetas a las impredecibles mudanzas del tiempo. Con todo, nuestra voz seguía uniéndonos: el hilo telefónico cambiaba la pura presencia física por la contundente certeza del amor. Cierto: habíamos arribado a la vejez, pero ni ella ni nosotros estábamos dispuestos a entregarnos al ocio y los ensueños de la edad postrera.

Clementina nos dio su eficaz ejemplo: siguiendo a Cicerón —como en su momento lo hizo también Petrarca— aprendimos que el continuo cultivo de las artes y la práctica de las virtudes cívicas son las más fuertes armas de la vejez. El trabajo constante nos permite derrotar la languidez que a veces nos rodea con sus brazos inmóviles y la inercia de un vivir sin otra conciencia que la del propio pasar. Clementina nos enseñó —no con dogma aprendido, sino con su vivo ejemplo— que la vejez es más honorable en la medida que sea capaz de librarse de las atroces asechanzas de la trivialidad, la fatuidad y la servil complacencia, que parecieran haberse instalado firmemente en nuestro mundo actual.

En esta nueva era que ha comenzado con infaustos presagios, yo evoco la figura señera de Clementina Díaz y de Ovando, quien nos enseñó a todos cuánto puede lograr una vejez laboriosa que, recogiendo los frutos de su madura experiencia, descubre en cada página lo más noble, generoso y digno de una existencia humana.